

RAMIB-PMD-011

MEMORIA
DEL
CAMPAMENTO
DE LA
FONT-SANTA,
DURANTE LA INVASION
DE LA
FIEBRE AMARILLA
QUE SE PADECIÓ EN PALMA
EN
1870.

MEMORIA
DEL
CAMPAMENTO
DE LA
FONT-SANTA,
DURANTE LA INVASION
DE LA
FIEBRE AMARILLA
QUE SE PADECIÓ EN PALMA
EN
1870.

A la Academia de Practicinas
de Palma

M. G. G.

Ref: 15833

MEMORIA
DEL
CAMPAMENTO
DE LA
FONT-SANTA,
DURANTE LA INVASION
DE LA
FIEBRE AMARILLA
QUE SE PADECIÓ EN PALMA
EN
1870.

PALMA.
IMPRESA DE PEDRO JOSÉ GELABERT.
1871.

CAMPAMENTO DE LA FONT-SANTA.

Como facultativo encargado de la asistencia de dicho campamento, he creído oportuno publicar este sencillo opúsculo para conocimiento del público y para que la ciencia tenga un ejemplo mas de las ventajas que proporciona la formación de campamentos en las invasiones de enfermedades contagiosas.

MIGUEL BERGA.



CAMPAMENTO DE LA FONT-SANTA.

NATIONAL HEALTH IS NATIONAL WEALTH.

LA SALUD NACIONAL ES LA RIQUEZA NACIONAL.

DURANTE el período de cinco años la Isla de Mallorca ha sido azotada por dos enfermedades epidémicas; si bien la última no ha causado grandes estragos, gracias á las sabias y oportunas medidas que á tiempo practicaron las autoridades locales con acuerdo de la clase facultativa.

Apenas se tuvo noticia de la aparición del TIFUS IC-TERODES en el continente, cuando el M. I. Ayuntamiento de esta ciudad, se desvelara estudiando las medidas para precaverse de tal calamidad, y si esto no le fuera dable, poner en práctica todos aquellos recursos que aconseja la ciencia para en estos casos mitigar al menos los estragos de una plaga tan terrible.

No hay duda alguna que la civilización disminuye la frecuencia y la intensidad de las epidemias, porque

ella va enlazada con la higiene pública que es el catecismo para precaverse de toda enfermedad hasta allí donde pueda alcanzar el ingenio humano. Así como nos guardamos de las contingencias de la electricidad, del agua y del fuego, también nos podemos precaver del miasma deletéreo.

Sin embargo me temo mucho que las exigencias de esta misma civilización no acarreen las mas veces los transportes de las enfermedades mas contagiosas, como quiere que ella nos ha obligado á buscar los aromas del Oriente de donde nos viene la peste; nos encamina á las riberas del Missisipí á buscar el algodón, azúcar y tabaco y llevamos envuelta en estos géneros la FIEBRE AMARILLA; comunicamos con el Africa y el Asia; con la primera para proporcionarnos los excelentes árboles frutales, y con la segunda para admirar las grandes maravillas que encierra; pero en cambio, la una nos comunica la viruela y la otra el cólera.

¡Ah! cuántas lágrimas cuesta á la humanidad el haberse proporcionado los frutos de la naturaleza de apartadas regiones.

A los gobiernos es á quienes incumbe velar por la salud de los pueblos porque sin ella, no hay vida ni riqueza en ninguna nación. Deben estar siempre prontos á luchar con tan terribles enemigos, evitando el que puedan cebarse en las poblaciones y acarreen los funestos resultados que por nuestra desgracia, en el transcurso de varios períodos, hemos podido observar.

Nuestro digno *Ayuntamiento popular*, teniendo presentes estos axiomas, preparó, de antemano, el plan de batalla á tan formidable enemigo, dado el caso que nos viniese á visitar como en el continente, y así es que se

escudó con la higiene pública, estudiando todos aquellos preceptos que en tales circunstancias ordena, como son: la limpieza en las calles y casas, una alimentación nutritiva y sana con la prohibición severa de todos aquellos alimentos que puedan ser perjudiciales, destruyendo inmediatamente todos aquellos focos de infección permanentes ó transitorios que puedan ser nocivos á la salud pública.

No se detuvo tan solo en hacer observar todo esmero en la limpieza de calles y casas: sino que planteó un personal facultativo para la asistencia de los enfermos, señalándoles un barrio á cada uno, lo mismo que con las farmacias, para contar con la seguridad de que estuviesen abiertas mientras reinase la enfermedad epidémica.

También estudió los puntos en que debían levantarse hospitales provisionales para la instalación de los enfermos y campamentos para poder albergar la clase pobre, que por falta de recursos no pudiesen huir del foco de infección, dando lugar á que este tomara creces, aumentando de consiguiente el número de víctimas.

Señalóse para este objeto un campamento para cada distrito y un médico para su asistencia facultativa.

Designóse para el distrito de San Pedro las cuevas de la Font-Santa para formar un campamento, y se acordó que yo me encargase de su asistencia ya que asistía en el Arrabal de Sta. Catalina que iba comprendido en el mismo distrito.

Arreglado ya todo y dispuesto para cualquiera eventualidad tocante á la salud pública, sucedió que, á mediados de Setiembre, se experimentaron algunos casos sospechosos de TIFUS ICTERODES en el barrio de San Pe-

dro; pero en el 27 del mismo, aquellos casos dudosos se confirmaron plenamente, viéndose que se trataba de la *calentura amarilla*, y siendo esta una enfermedad sumamente contagiosa no podía menos de dejar sentir sus efectos. Entonces el Ayuntamiento, con anuencia de la Junta de Sanidad Municipal, trató de poner en práctica todos los acuerdos que habia tomado de antemano, disponiendo inmediatamente la evacuacion de todo aquel barrio y que la clase pobre se instalase en el campamento de la Font-Santa para cuyo fin ya se tenia preparado.

Como mi objeto no es mas que referirme al campamento de la Font-Santa y todo lo concerniente al mismo, pasaré por alto las demás medidas que se practicaron para hacer frente á tan terrible calamidad; pero sí, que no puedo menos de consignar algunos de los puntos que fueron asilo para los enfermos atacados del *Tifus IcteroDES*, como el del predio denominado Ca L'Ardiaca, en donde se instaló un hospital que dió maravillosos resultados; el castillo de Bellver se destinó para convalecientes y familias que hubiesen comunicado con los apestados; el de San Carlos y Cuarentena para familias vecinos de algunos barrios en que habia habido atacados de *FIEBRE AMARILLA* y el Restaurant de Vista Alegre quedó destinado para hospital de parturientas pertenecientes á dichas familias.

El dia 28 de Setiembre, el primer alcalde D. Rafael Manera ordenó á varios concejales y entre ellos al alcalde de aquel distrito D. Jaime Ordinas, para que pasasen á dicho barrio y dispusiesen en seguida la evacuacion de todas las familias que no tuviesen enfermos en sus casas.

La clase acomodada de dicho distrito atendió al con-

sejo, emigrando inmediatamente; en cuanto á la menesterosa, por ningun estilo queria dejar sus viviendas; vanas eran las súplicas de parte de las autoridades; inútiles las esplicaciones que les daban los mismos concejales yendo de puerta en puerta, pidiéndoles por favor que abandonasen sus hogares, pues á no hacerlo así, iban á ser víctimas de la terrible epidemia que se habia desarrollado en aquel barrio.

De ninguna manera eran atendidas razones de tanto peso, siendo al contrario, insultados y hasta atropellados los mismos concejales que habian tomado á su cargo desempeño de mision tan humanitaria.

¿De que dependia tanta resistancia de parte del pueblo?

¿De la ignorancia? Tal vez.....

¿De falta de respeto á las autoridades? De ningun modo, puesto que el pueblo palmesano ha demostrado una y mil veces lo sumiso y respetuoso que ha sido con toda autoridad.

La causa de todo ello dimanaba de algunos infelices engreidos por su misma ignorancia, y que para satisfacer sus maquiavélicos planes inventaban miles de paparruchas hijas de su torpeza, embaucando con ello al inocente pueblo.

Por esto es que no querian en manera alguna sujetarse á los razonables consejos de las autoridades, puesto que de otra parte se les inculcaba que no habia ni siquiera un enfermo en todo el barrio, que todo estribaba en la resolucion de un plan político y el pueblo podia estorbar; ¡Oh pueblo! ¡Cuan fácil eres en dejarte arrastrar por la ignorancia!

Viendo la junta de Sanidad que eran inútiles todos

los medios practicados para evacuar el barrio de S. Pedro, se vió en la precisión de publicar un bando anunciando á dichos vecinos, que si no salían en el término de 24 horas quedarían acordonados; pero que si querían salir les proporcionaba carruages por transportar sus bagajes en el campamento á donde se les suministraría todos los medios posibles para su subsistencia.

Llegó el 29 de setiembre, día destinado para desocupar el barrio infectado; cualquiera se hubiera creído que con una medida tan enérgica y razonable, no había de quedar un solo individuo en todo aquel distrito; empero no sucedió así, como se deseaba, supuesto que fueron unas cuantas familias tan solo las que salieron y aun á instancia de los señores concejales que estaban destinados á aquel distrito, mas al fin los señores Vallés, Salas y García, ensayando nuevos esfuerzos, lograron casi por completo la evacuación de dicho barrio.

Grande fué á mi juicio la victoria alcanzada en dicho día, puesto que fué una estocada de muerte dada á tan terrible enemigo. Sacar aquellas trecientas familias, era librar á los palmesanos de los horriblos estragos que había de ocasionar mas tarde una enfermedad tan terrible y contagiosa.

Siendo aquellas familias las mas pobres y por consiguiente las que vivían en peores condiciones higiénicas, y las que son mas aptas para contraer el germen contagioso, sacarlos era destruir trecientos nuevos focos de infección y salvar miles de víctimas que habían de servir de cebo y hacer mas grande y horroroso tan fatal calamidad.

Trasladadas al campamento todas las familias del barrio de S. Pedro, nos detendremos á bosquejar dicho si-

tio, y despues menciónaremos, las medidas que se adoptaron y los resultados que se obtuvieron de ellas.

A unos 2 kilómetros de Palma hácia el N. O., hay un predio denominado L' Taulera, propiedad de D. Mariano Conrrado Marqués de la Font-Santa; en dicho predio, al lado de un arroyo que brota de una fuente denominada Font-Santa existen unas hermosísimas canteras de las que, desde remotos tiempos, se van sacando magníficos sillares que han servido para la construcción de los principales edificios públicos como son: la Iglesia parroquial de Sta. Cruz; las esbeltas y maravillosas columnas de la Catedral, el convento que se derribó de Sto. Domingo y parte del magnífico edificio de la Lonja; y en nuestros días se han sacado muchos miles de sillares para la hermosísima fachada de la Catedral y para la nueva iglesia que se está construyendo en el Arrabal. Al sacarlos los canteros, fuese por gusto ó por conveniencia propia, socavaron por bajo tierra dejando una espaciosísima cueva, que sin saber ellos, hoy en día, ha prestado grandes servicios como albergue de centenares de familias á fin de salvarse del contagio de la *calentura amarilla*.

Esa cueva que está á la altura de unos 30 metros del nivel del mar, rodeada de un espeso pinar y corpulentas encinas, robles, romeros, tomillos y miles de plantas aromáticas, fué el punto señalado para la formación del campamento.

La elección no podía reunir mayores ventajas, ya por lo espaciosa y bien aireable que son dichas cuevas, ya por su posición topográfica, donde uno puede ensanchar su pecho al respirar un aire tan puro, y alegrarse al estender alguna mirada por aquella campiña tan amena y deliciosa; y para que nada faltase, tener al lado de las

cuevas una agua fresca pura y cristalina que sin duda, por sus excelentes condiciones, los antiguos canteros la señalarían con el epíteto de la Font-Santa.

En los primeros días que se instaló dicho campamento, se albergaron allí unos doscientos individuos; pero después fué aumentándose el número hasta 389, siendo de advertir que se tomó la precaución por los restantes que entraron, de hacerlos hacer cinco días de observación en otra cueva que había separada, distante unos veinte metros de la cueva donde estaba el campamento; quedando completamente incomunicados unos de los otros y no permitiéndoles incorporarse en el campamento, si después de la observación no demostraban un estado de completa salud.

ESTADO de los individuos albergados en las cuevas de la *Font-Santa* para librarse del contagio de la calentura amarilla en el año de 1870.

De uno á 5 años.		De 5 á 15.		De 15 á 25.		De 25 á 45.		De 45 á 65.		De 65 á 85.		De 85 á 100.		Total.		TOTAL GENERAL.
V.	H.	V.	H.	V.	H.	V.	H.	V.	H.	V.	H.	V.	H.	V.	H.	
25	25	36	61	33	41	35	75	19	25	5	7	2	2	151	236	389

La cueva en que moraban dichos individuos tiene la entrada que mira hacia el Este, y es parecida á la de esos portales de soberbios edificios; pues que tiene unos 5 metros de ancho con siete de altura, formando un pasadizo de seis metros de longitud, ensanchándose cada vez más hacia adentro, siendo su techo compacto y calizo lo mismo que sus paredes, teniendo un metro de espesor cu-

bierta por una capa de tierra arcillosa, cuyo espesor es de 80 centímetros y sin embargo da vida á frondosos pinos y á una infinidad de plantas, en donde se ve lo fecundante que es allí la naturaleza.

Al dejar ese pasadizo, uno se asombra al ver lo espacioso que es aquella cueva, su área vendrá á ser de una circunferencia irregular de unos 42 á 44 metros de diámetro, sosteniendo tan estensa bóveda 14 pilares irregulares, colocados sin simetría, siendo su base casi cuadrada, teniendo unos 7 metros por cada lado.

No hay falta de luz en su interior, puesto que hay cinco grandes aberturas ovaladas de cinco metros de diámetro y á la vez prestan un gran servicio para la renovación del aire tan indispensable para aquellos individuos que vivían en aquel edificio.

Y pudiera muy bien llamarse así; porque al ver aquel espacio tan extenso, aquellas toscas columnas sostener aquella bóveda de un techo tan horizontal, parece ser uno de aquellos templos Egipcios en estado de larva subterráneos que nos menciona la Historia antigua faltando el gusto arquitectónico para perfeccionarlo.

Desde la entrada á la pared de enfrente había una calle tirada á cordel de cinco metros de anchura, cuyas paredes eran de ramas entrelazadas de pino, en donde se veían las entradas de las barracas; de esta misma calle partían otras en distintas direcciones hasta el número de nueve, y las dos principales que se cruzaban formaban una plaza que se denominaba plaza de la REPÚBLICA, en la parte superior del techo que la comprendía había una de esas grandes aberturas que he mencionado antes. En esta misma plaza se veía un altar con la imagen de la Virgen en el que se celebraba misa casi todos los días.

Esas nueve calles formaban tres manzanas la primera comprendida su área en 7 columnas de las que sostienen el techo, habia 59 barracas habitadas por 61 familias y las calles que le formaban se denominaban, calle de Sanchez Tagle, de Manera, de Ordinas, de Vallés, de Quetglas, de Berga, de Oliver, de Bibiloni y Llaneras comprendiendo la Plaza de la REPÚBLICA.

La segunda comprendida su área por cuatro columnas, constaba de once barracas habitadas por 17 familias y la formaban parte de la calle de Sanchez Tagle, de Manera, de Ordinas y de Vallés.

La tercera, comprendida su área por tres columnas, constaba de diez barracas habitadas por 16 familias y la formaban parte de la calle de Manera, de Quetglas, de Oliver y de Vallés.

Cada una de estas barracas formada por cuatro paredes de rama de pino, estaban separadas unas de las otras formando cada una de ellas un cuadrilatero mas ó menos grande segun las familias que lo ocupaban; las habia que tenian 10 metros de longitud con cinco ó seis de latitud. Teniendo esparcido por el suelo una capa bastante gruesa de rama de mirto y romero donde colocaban sus colchones.

Al entrar en la cueva del campamento, á mano izquierda habia otra pequeña cueva que cerrada con algunos tabiques servia de cocina y dispensa; en donde residia el encargado de la contabilidad y de mantener el orden en las horas que faltaba el Alcalde Ordinas, teniendo á sus órdenes un piquete de guardias rurales que siempre habia perenne y que tenian su vivienda en la primera barraca que habia á mano derecha al entrar en el campamento.

El administrador de todos los campamentos, D. Pedro Juan Vallés cumpliendo puntualmente con el encargo que se le habia confiado, visitaba todos los dias el campamento de la Font-Santa para ver si se cumplian sus órdenes.

Inútil es decir que el Alcalde D. Jaime Ordinas pasaba casi todas las horas en el mismo dando pruebas de cumplir con el sagrado deber que se le habia impuesto.

Muchas personas visitaron dicho lugar, entregando cuantiosas limonas, lo mismo que las autoridades, como fueron el Gobernador Civil y Militar de esta provincia, el Obispo de esta Diócesis, el Ayuntamiento popular de esta Ciudad y en particular el primer Alcalde D. Rafaël Manera, algunos individuos de la Junta de Sanidad y diputados provinciales entre ellos D. Miguel Quetglas.

Tocante á su administracion, el servicio de limpieza lo cumplian doce mujeres, que iban alternando semanalmente, de las mismas que habia en el campamento, lo mismo sucedia con otras que habia destinadas para ayudantas del cocinero.

Para encender el alumbrado por la noche en las calles del campamento, habia 3 ó 4 ancianos que no tenian otra ocupacion; pero los restantes iban á ganar su jornal trabajando en las carreteras y ultimamente se emplearon á muchos para construir una gran barraca de rama de pino cortada de la falda del Castillo de Bellver, al lado del campamento, que tenia treinta y cinco metros de largo y once metros de latitud que dividido su interior en otras barracas bajo la misma forma que en la cueva; podian dar cabida á unas cien familias, pero no llegó la fatal ocasion de tener que apelar á ellas.

Tocante á la alimentacion no se hizo otro uso que de

los alimentos vegetales, pasándoles dos comidas; una á las diez de la mañana y otra á las cinco de la tarde y un pan de doce onzas por cada individuo de diez años arriba y á los otros media ración de sopa y pan.

Cada dia á las ocho de la mañana y á las seis de la tarde les pasaba una visita haciéndoles observar el siguiente régimen.

A los cien metros al rededor de la cueva dispuse que se colocara una cuerda que marcara el limite de los que estaban en el campamento, para que no pudieran pasar mas allá, y evitar toda comunicacion con los que de fuera venian á visitarlos y para que ello se verificase, estaba bajo la vigilancia de los guardias rurales y algunas parejas de guardias civiles.

A las siete de la mañana si el tiempo lo permitia, tenían la obligacion de sacar los colchones y mantas, colgarlos en una cuerda que habia dentro el círculo del cordón, sin poderlos entrar en sus barracas hasta la caída del Sol.

Al pasar la visita, para que nadie faltase en las barracas, se hacia señal á lo propio para la comida ó reunion de gente para cualquiera cosa.

Estaban todos alineados en las calles y un peon llevaba la libreta para las prescripciones que hubiese necesidad de dictar. Si hubiere alguno del cual tuviese la menor sospecha de ningun síntoma de la enfermedad epidémica, se le separaba junto con todos los que habitaban la barraca fuera del campamento en otro punto que habia destinado para la observacion de enfermos, y si dichos sintomas sospechosos se confirmasen por poco que fuesen, inmediatamente se tenían que trasladar al Hospital.

En todo el tiempo que asistí no mandé ni uno solo al Hospital de apestados, sin embargo de haber algunas familias que vivian en el campamento gozando de completa salud apesar de haber tenido acometidos en la misma familias y alguno de ellos sucumbido pocos dias antes de la instalacion del campamento.

Por la tarde al pasar la visita siempre aguardaba que se repartiese la sopa para probarla y hacer notar las faltas que habia en los alimentos y condimentos, á fin de que no pudiese ser nocivo á su salud.

¡Bello y consolador panorama era ver aquellos 400 individuos al portal de sus barracas y bajo la luz de los faroles que alumbraban las calles, formando corrillos, comiendo su sopa con expansion y alegria! Muchas veces me detuve para contemplar aquel hermoso cuadro que se presentaba ante mi vista, unas veces me creia ver á uno de esos grandes ejércitos acampados en vispera de entrar en batalla, otras me parecia ver una ciudad subterránea en miniatura. Pero si que siempre alli se veia pintado en el rostro de todos el alborzo sin ninguna huella del temor y el espanto tan comun en una época calamitosa.

Despues de comida la sopa tenían un par de horas de recreo hasta que se daba la señal de silencio y aquel recinto quedaba en su primitivo estado, es decir con el silencio que reina en las cuevas subterráneas pero diferenciándose con oirse las pisadas acompasadas del guardia que hacia la ronda y el monótono ruido de 400 pechos que se contraian y se dilataban para continuar el parentesis de la vida.

Este fué el régimen administrativo y facultativo que se observó en el campamento de la Font-Santa.

Ningun individuo tuvo atacado de calentura amarilla; las enfermedades que pude observar, fueron á principio de octubre tres ó cuatro individuos que padecieron calenturas catarrales que á beneficio de algunos sudoríficos cedieron.

A mediados de Octubre se desarrolló una conjuntivitis en casi todos los individuos del campamento y parecia ser esta una verdadera enfermedad epidémica; al principio no supe á que atribuir la causa pero luego observé que al pasearse por las calles del campamento se levantaba una neblilla de polvo muy fino, y como aquellas canteras son calizas, aunque hay gran parte de sílices, vi desde luego que aquel polvo que siempre habia en suspension en la atmósfera era la única causa de haberse desarrollado aquella enfermedad. Dispuse inmediatamente esparcir por las calles una capa de tierra arcillosa, rociándola algun tanto y pude observar al instante la desaparicion de dicha enfermedad, que ya empezaba á mortificar á muchos del campamento.

Habia un niño de cuatro años de edad, llamado José Barceló y Salvá, que ya habia asistido varias veces antes de ir al campamento, padecia una enfermedad escrofulosa; de cada dia iba tomando mas creces, ya habia empleado inutilmente los preparados ferruginosos, el aceite de higado de bacalao y todos aquellos recursos que nos aconseja la farmacopea en tales casos.

Vino al campamento con sus padres, temiendo muchísimo que no sucumbiese á los pocos dias de su residencia; no le daba ya ninguna prescripcion de las que ya anteriormente le habia prescrito, tan solo se le daba caldo lo mismo que á todas aquellas personas que no gozaban de completa salud, siendo de advertir que dormia

lo mismo que todos los demás en la barraca de pino teniendo por cama un colchon de tomillos y romeros que de cuando en cuando se renovaba.

A los 30 dias de vivir en estas condiciones empezó á cambiar de faz su enfermedad dió visos de robustecerse de tal manera, que se quedó en completa salud.

Sus padres y muchos que le conocian del campamento, se maravillaban sin saber á que atribuir tal fenómeno y era porque ignoraban que la gran medicacion para todas las enfermedades, está en el cumplimiento del catecismo de la salud, esto es la higiene:

Rosa Sastre y Tur, de 15 años y Dolores Basora y Bauzá de 7 años, fueron trasladadas al hospital á causa de una calentura catarral y á los pocos dias volvieron á ingresar al campamento completamente curadas.

Otro llamado Jaime Dubiá y Blanquer de 13 años padecia una hemotisis cuya enfermedad contaba tres años de duracion.

A los primeros dias que le vi estaba pálido, demacrado con un color aumentado en la piel y teniendo alguno que otro ataque hemotico. Le prescribí algunas limonadas sulfúricas y un poco de caldo, comiendo asimismo la sopa como los demás.

Dicho individuo fué robusteciéndose poco á poco, aquel calor de la piel desapareció, lo mismo que todos los otros síntomas que indicaban que se iba aproximando á ser víctima de una tisis pulmonal, y no volviéndose á presentar ningun nuevo ataque hemotico, de tal manera que, al marcharse del campamento, quedó bueno y sano sin mas medicacion que el método de vida que guardó.

Sucumbió de un ataque de apoplejia Lorenzo Clade-

ra de 58 años siendo de profesion impresor, padecia una ceguera, siendo el tercer ataque que habia tenido de dicha enfermedad.

Tambien falleció una niña de 9 meses llamada Mariana Rodriguez y Barceló á causa de un entero-colitis.

Estas fueron las enfermedades que observé en el campamento de la Font-Santa y en ninguna de ellas jamás ví la menor sospecha del carácter de la enfermedad reinante. ¿A que causa puede atribuirse el que en tantas familias procedentes de un barrio apestado no hubiese uno solo atacado de tal enfermedad?

Como facultativo que tengo el deber de observar y analizar los efectos naturales, voy á manifestar mis suposiciones que tal vez no pasarán de meras congeturas, porque las mas veces la inteligencia del hombre se ofusca ante los misterios de la naturaleza.

¿El sitio donde se instaló el campamento pudiera ser apropiado para que no se desarrollase tal enfermedad?

Si consultamos las observaciones de los escritores modernos y antiguos, vemos que en todos los campamentos que se han formado en los montes del interior y á grandes alturas del nivel del mar no se ha desarrollado dicha enfermedad.

En el siglo II, habiendo una devastadora peste en Roma el emperador Cómodo y sus súbditos hallaron su salvacion acampándose en un monte poblado de pinos.

Los habitantes de Filadelfia, muchos años se han escapado de la calentura amarilla acampándose en los pinares que hay en las alturas de Germatowen y Darby y en 1821 los catalanes que se acamparon en barracas de pino y en unos montes poblados de ellos se salvaron de tan horrible enfermedad. En la misma época los mallor-

quines se acamparon en la falda del Castillo de BELLVER librándose de dicha funesta dolencia, y ultimamente los procedentes del barrio de S. Pedro acampados en la Font-Santa, en donde existen abundantes pinos y el campamento formando bajo tierra construido de ellos, de suerte que los que se albergan allí viven bajo las ramas de pino y respiran una admósfera saturada de dicho árbol, lo cierto es que en 389 individuos ni uno solo ha sido atacado de dicho contagioso mal.

¿Podrá ser que la aroma del pino ó su resina envuelva un principio que tal vez sea un antidoto del gérmen del TÍFUS ICTERODES?

Quien sabe si con la esperiencia y el estudio llegará el dia que se descubra algo sobre este particular y que puede servir para el bien de la humanidad.

Otras causas creo que puedan ser un gran coadyuvante para no desarrollarse esta enfermedad, era en primer lugar, el régimen de vida que guardaban los acampados, en segundo la alegría de que siempre rebozaban sus semblantes, paseándose por aquellas amenas praderas, pudiendo ejercer á la vez todas sus funciones fisiológicas en completa libertad sin experimentar la menor huella del pánico que tanto abunda en los puntos donde reina una epidemia; causa tan poderosísima para contraer cualquiera enfermedad.

La limpieza que se les hacia observar y el régimen alimenticio, son á mi juicio tambien una de las principales causas para no ser invadidos de dicha enfermedad. Allí el principal alimento eran sustancias vegetales, como arroz, patatas, calabazas, habas, fideos etc. siendo de advertir que las legumbres casi siempre se hacian en PURÉE.

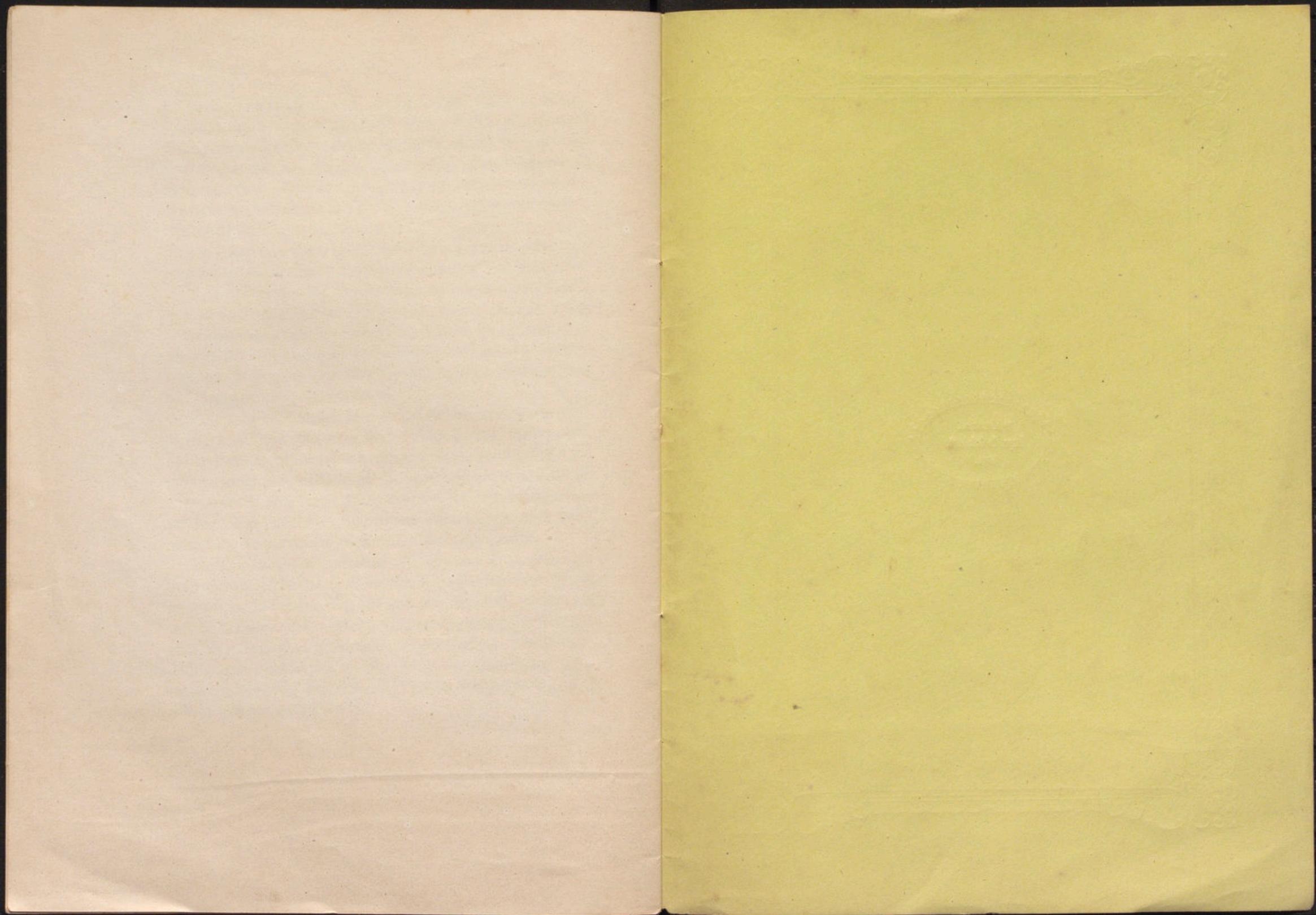
Como dichas sustancias su principal composicion es fécula, gluten y mucilago, son muy fáciles de digerir, y despues no excitan la mucosa gástrica, ni tampoco las secreciones de las vicerias que contribuyen á formar el jugo gástrico; pues creo que puede ser una causa predisponente la excitacion de estas vicerias para contraer el tífus icterodes.

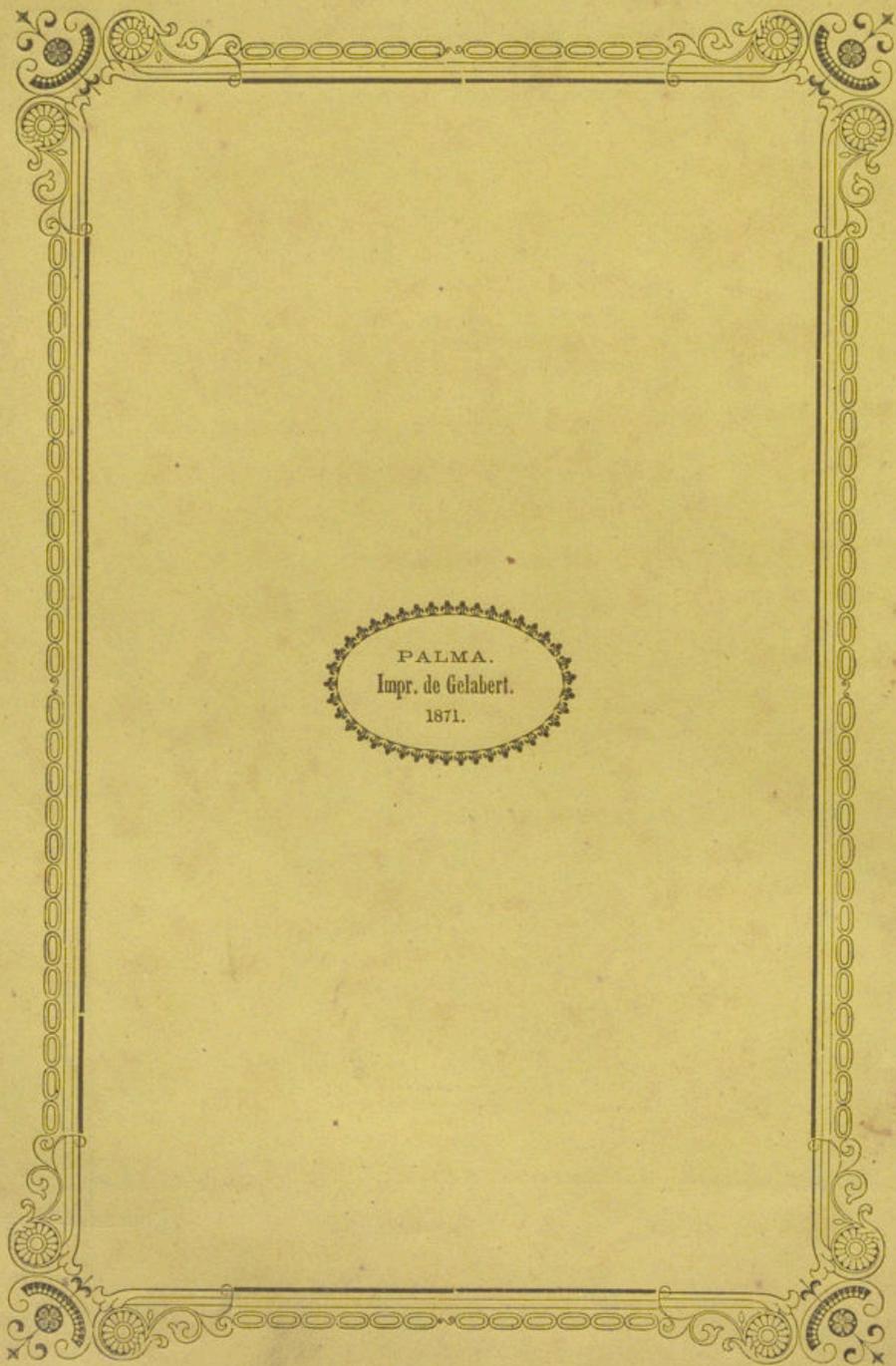
En Palma se experimentó que el lunes y martes de cada semana habia muchos mas atacados que en los otros dias.

Y la causa de ello pudo atribuirse, fundadamente, á que en los domingos habia muchos que hacian uso de los preparados de carne de puerco, que tanto abunda la grasa, uno de los principios inmediatos no azoados que sabemos son muy poco digeribles y excitan las vicerias para la formacion del jugo gástrico.

Lo cierto es que los vecinos del barrio de S. Pedro que formaban el campamento de la Font-Santa, viendo que habia llegado la hora de marcharse á sus casas sin haber habido ninguno de ellos que hubiese sido víctima de tal enfermedad, elogiaban en extremo á las autoridades por las acertadas medidas que habian tomado, de la misma manera que antes las censuraban amargamente.

Dieron tambien infinidad de gracias á D. Mariano Conrado Marqués de la *Font-Santa* propietario de dichas cuevas por la buena acogida que les dispensó; y ultimamente trataban de construir una lápida con una inscripcion alegórica para perpetuar la memoria de las autoridades que habian hecho tan inmensos sacrificios para salvar numerosas familias del terrible contagio del mortífero tífus americano.





PALMA.
Impr. de Gelabert.
1871.

